

La política de seguridad y defensa española: A la espera de la Estrategia Española de Seguridad

Javier Ignacio García González
IE University
UNISCI

El análisis de hacia dónde va -o debería ir- la política de seguridad y defensa española tendría que partir, en buena lógica, de las normas o documentos oficiales que las autoridades del Estado aprueban y establecen como vigentes. No podemos hacerlo así en este caso.

Desde que el presidente José Luis Rodríguez Zapatero se comprometiera en su discurso de investidura de 2008 a remitir a las Cortes un documento con los objetivos, prioridades, dotaciones y medidas organizativas y presupuestarias que debería guiar la política de Seguridad y Defensa a medio plazo -lo que conocemos como una estrategia de seguridad y defensa-, la aprobación de este documento no ha sido posible hasta el momento. Ni siquiera la presencia de un hombre del peso de Javier Solana como coordinador para su elaboración parece ser argumento suficiente para otorgar carácter oficial a un documento que, si hacemos caso a las informaciones de prensa, “reposa en un cajón de un Zapatero muy alejado de su discurso de investidura y en una Moncloa centrada fundamentalmente en la crisis”¹.

La filtración a los medios del texto y algunos trabajos de expertos y conocedores de su proceso de elaboración, nos permiten tener una visión general del enfoque del documento, titulado “Estrategia Española de Seguridad: una responsabilidad de todos”. El contenido parece estar en la línea de otras estrategias similares de países aliados, y recogería también la influencia del Nuevo Concepto Estratégico de la OTAN, aprobado en octubre de 2010, después de elaborarse en poco más de año y medio. En resumen, la Estrategia Española plantearía una perspectiva moderna de la seguridad, con una visión integral y no exclusivamente militar, tanto del contexto nacional e internacional como de las amenazas y riesgos a los que están sometidos el Estado y los ciudadanos. Lo que falta por ver es si el gobierno se decidirá a adoptar esta estrategia como tal antes de final de legislatura -y así analizar con mayor precisión sus planteamientos-, o si dormirá el sueño de los justos en ese supuesto cajón. Así veremos si espera un momento mejor para éste u otro gobierno o pasa directamente a la historia de las iniciativas fallidas.

En todo caso, el actual borrador de la Estrategia Española de Seguridad (EES) difícilmente recogerá las consecuencias de acontecimientos muy recientes que, a mi juicio, suponen cambios de gran envergadura para el contexto de seguridad europeo, y que tienen que afectar directamente a cualquier estrategia de seguridad. Aunque en conjunto se trata de asuntos que no son nuevos, la crisis y la intervención militar en Libia han puesto de manifiesto posiciones que pueden llegar a cuestionar las mismas bases de la seguridad euroatlántica.

Si alguna vez la tuvo, la credibilidad de la Política Común de Seguridad y Defensa (la anterior PESD), ha sido una de las grandes damnificadas. La propia creación de una coalición internacional liderada por Francia y el Reino Unido dice muy poco de la confianza en una PCSD, que cumplió hace poco diez años y que, a pesar de las dificultades y las limitaciones, había sido capaz de poner en marcha hasta 22 misiones en zonas de conflicto. La escena de una votación en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en la que el representante Alemán votaba en diferente sentido a la de Francia y el Reino Unido tampoco resulta muy edificante. Más como excepción que como regla, el multilateralismo eficaz no se veía afectado por la abstención de un país central en Europa, junto a la de China y Rusia, pero una decisión de este tipo tiene una trascendencia mucho más allá del gesto. En todo caso, esta situación respecto del tema de Libia no escapa a otras dimensiones de la seguridad donde las tensiones recientes son evidentes, desde la propia gestión de la crisis económica internacional y los rescates financieros a Grecia, Irlanda y Portugal, hasta la gestión de la migración llegada a Italia desde Libia y el debate -otra vez encabezado por Francia- sobre las restricciones a la circulación de personas y una eventual reforma del tratado de Schengen.

La participación española desde el primer momento en la coalición liderada por Francia resulta también relevante, más aún si tenemos en cuenta el discurso poco intervencionista mostrado por la izquierda española desde la transición. Aunque con todas las bendiciones legales, la decidida participación española en una operación militar como la de Libia, que presenta muchas incógnitas e incertidumbres sobre su futuro todavía por determinar, ha supuesto en mi opinión un salto cualitativo importante, con una posición de la opinión pública que no estaba tan clara como el gobierno pudiera pensar en los primeros momentos.

Muy relacionado con lo anterior, la OTAN tampoco ha resultado bien parada en este conflicto, independientemente del incierto futuro que la situación en Libia presenta. Las divisiones internas que sufrió hasta la decisión de asumir el control de las operaciones militares, o las críticas de países como Francia o el Reino Unido a la forma de interpretar la resolución de Naciones Unidas y de desarrollar la campaña militar, tampoco contribuyen a una imagen de unidad de esfuerzo y credibilidad. Tan sólo el compromiso mostrado por los norteamericanos desde el comienzo de la crisis, pese a ser un teatro donde los intereses directos son escasos, añade un dato de optimismo a la situación. Parece que la actual administración norteamericana ha resistido la tentación de desentenderse de una Europa que ya dejó hace tiempo de ser el escenario principal para su política exterior. ¿Qué pasará en el futuro? Pues ya veremos.

Notas:

¹ Rubio, Mariela, “Solana recomienda a Zapatero crear un Consejo de Seguridad Nacional”, Cadena SER, 13-04-2001, http://www.cadenaser.com/espana/articulo/solana-recomienda-zapatero-crear-consejo-seguridad-nacional/csrcsrpor/20110413csrcsrnac_3/Tes/?print=1 (consultado el 5 de mayo de 2011).